

EL CAMINANTE

Juan Ignacio Pérez

Constantino caminaba siempre recto, sin pararse. Prestaba afable atención a lo que le preguntaban respondiendo impertérrito mientras continuaba haciendo gala de sus dinámicas maneras de andarín imparable. No podía permitirse el lujo de la distracción y era natural en él el sentido de la dirección, nómada rompedor de horizontes sin límite. Horizontes que atravesaba limpiamente, sin dilación, no buscándolos sino encontrándoselos. No había, además, nada que entorpeciera su caminar. Horadaba limpiamente edificios y montañas y superaba los mares y la llegada de tormentas y tiempos calmos, siempre a la misma altura, siempre adelante.

Un día de otoño este pugnaz profanador de distancias se enamoró de una bellísima muchacha; pero no paró. Ella, igualmente enamorada del caminante eterno, se acopló dócilmente a su marcha, a su vera, y delineó con él una parte de la ruta vital e infinita.

Finalmente, después de meses, y en vista de que cada dificultad, superada por él sin vacilaciones; pero no por ella que tenía que circunvalar, subiendo, bajando, tomando trenes, autobuses, aviones o barcos, cansada de ser un satélite de aquel planeta errante. Ella, digo, decidió interrumpir la relación desasiéndose de la influencia del contumaz caminante.

Constantino escuchó las razones de Rosa Bonita, su novia, y se desazonó muchísimo; mas, comprendiéndola, continuó con su lucha implacable contra las distancias. Debido, quizás, a los posos amargos dejados por el percance sentimental decidió darle un giro social a su existencia. Sin parar, desde luego, se cuidó de conocer los intrincados temas de contenido humano; temas que almacenaba en las alforjas espirituales de su magro cuerpo de caminante ilimitado.

Vigía eterno, prestó toda su atención cuando invadía sin dudar las obras

de templos de todos los cultos. Atravesó muchas guerras y algunas, pocas, conversaciones de paz; parlamentos a tres o como mucho cuatro voces, palacios, ayuntamientos, montones de bancos y más palacios; ministerios, estadios y más bancos. Y no halló nada que lo conmoviera. Después, millones de miradas tristes en chozas miserables, niños deseosos de pan y escuela, enfermos en busca de atención y hombres de cabeza gacha avanzando sus brazos en demanda de algún quehacer. Todo esto le conmovió, pero no paró porque todavía le quedaba mucho por descubrir.

Años más tarde creía él que tenía en su mano los saberes y las realidades, alguno alegre entre muchos tristes, de aquel lugar inmenso, rectilíneo para él, esférico para los demás, por donde caminaba. Entre dimes y directes del amarilleo e inmisericordes consignas públicas en alta voz, de cuya influencia perniciosa se escabullía sistemáticamente, había consumido sus años de existencia, finalmente vana.

Un día de primavera escuchó un gemido infantil, cerca, muy cerca, como a dos metros. Después de lustros, por fin, se paró, giró y recogió del suelo al bebé desasistido. Lo envolvió en una túnica blanca que le trajo el viento y buscó atención para el infante necesitado. La halló después de cien promesas con lo qué, muy confortado, pudo dejar al niño al cuidado de unas manos generosas.

Tras la gratificante experiencia se aprestó a volver a su huida constante. Dio vueltas y más vueltas y fue incapaz de encontrar la línea de su pretérito camino. Finalmente, agobiado por la búsqueda sin acierto, paró cerca de un río manso. La superficie de sus aguas le devolvió la imagen de una cara curtida, agostada y en la que se marcaban profundos surcos de escepticismo y desorientación. Se sentó en la orilla entendiendo que, de algún modo, aquel último acto de asistencia caritativa daba sentido, justificándola, a su vida; por eso tapó su cara con ambas manos y esperó la muerte. Cuando ésta llegó despacio, sin prisas la puñetera, Constantino, por fin, estaba quieto.

ELLA

Esperanza Liñán Gálvez

Aquí estamos los dos, en la consulta de este psicólogo de parejas y su revolucionario método. Es una pequeña casa en el campo con algunas comodidades, excepto televisión, cobertura para móviles e Internet. Según nos ha dicho el Dr. Mirror tiene además un pequeño huerto sembrado con hortalizas y un gallinero de obra de unos tres metros cuadrados con un gallo y cinco ponedoras.

El experimento consiste en vivir durante diez días en esa casa los dos solos. Mediante la mutua compañía, y sin demasiados elementos de distracción, unida a la ayuda del otro para cultivar la huerta y cuidar a los animales, nos asegura recuperar la comunicación y el sentimiento que nos unió. Ambos estamos de acuerdo en hacerlo y hemos aceptado el reto. Nos aconseja llevar solo una maleta con la ropa indispensable. La comida que necesitemos, además de lo que obtengamos del huerto y el gallinero, nos la hará llegar puntualmente. Cada día dejaremos una nota manuscrita en el buzón que hay en la entrada y alguien lo comprará para su envío. No estaremos incomunicados, pero nos sugiere evitar el trato con otras personas, descubrimos en profundidad y empatizar con las necesidades físicas y psicológicas del otro.

Dice que la vivienda será el instrumento fundamental de esta nueva terapia y regirá nuestras vidas: una casa de cristal, donde podemos mirar desde cualquier lugar todos nuestros movimientos dentro y fuera de ella. También pueden observarnos las personas que pasan por la calle. Quizá sienta vergüenza de que me vean desnudo en el cuarto de baño duchándome tras una mampara de cristal. A Carla se le ha mudado el gesto. Lo de exponerse a la vista continúa de desconocidos no le ha gustado en absoluto. En casa, en cuanto oscurece corre las cortinas para no ser observada. El Dr. Mirror le ha confirmado que un noventa por ciento de las parejas superan esas trabas y el resultado favorece mucho la convivencia familiar.

Es noche cerrada y acabamos de llegar a la casa de cristal. Me ha causado una extraña impresión. Es como estar tocando la naturaleza y a la vez dentro de una burbuja. Nos instalamos después de curiosear su interior. No hay curvas sino aristas que solo tienen identidad al tacto. Todo está al descubierto.

A golpe de vista llegamos a cualquier rincón, apenas soslayado por unos pocos muebles de metacrilato que no rompen la visibilidad del espacio. El mobiliario de la cocina es de acero inoxidable. Un dormitorio con el cabecero formado por un montón de libros, apilados a media altura, lo separa del pequeño salón. También hay un cuarto de baño con sanitarios clásicos, cuyas paredes de cristal reflejadas en el espejo del lavabo agrandan el pequeño habitáculo. Sin cortinas ni persianas, ni hueco posible donde esconderse. El ritmo de vida será el de la naturaleza: dormir cuando oscurezca y levantarse al alba; exponiéndose ante el otro y el resto de posibles extraños en las horas intermedias. Yo creo que podré superarlo, pero a mi mujer solo le ha gustado ver el cielo y las estrellas a través del techo.

El gallo nos despierta cuando acaban de dar las cinco. Nos levantamos para hacer el desayuno antes que claree del todo. Carla rodea su cuerpo con una sábana y va a ducharse. Gira la cabeza hacia uno y otro lado. Dos gallinas la miran desde el tejado del gallinero. Se ducha rápidamente, se seca y viste haciendo juegos malabares con la toalla y la ropa limpia. Examina la calle por donde pasa un campesino con azada al hombro caminando hacia los campos cercanos. Debe estar preguntándose si la ha visto. Después recorre todos los rincones de la casa como si buscara algún ángulo muerto para refugiarse en él. La ansiedad domina cada uno de sus movimientos. Da la vuelta con la cara crispada y por fin se sienta en cuclillas debajo de la pila de libros en actitud de rendición.

Se ha pasado la noche dando vueltas en la cama. Creo que no ha dormido nada porque noté su temblor junto a mi espalda. Espero que el café la reanime y podamos experimentar las ventajas de esta casa, si es que las tiene.

— Aníbal, no soporto que todo sea transparente. Es como estar desnuda de la mañana a la noche. Me falta intimidad. La fragilidad del cristal es contagiosa. Siento que cualquier cosa que toco, incluso yo, puede romperse en mil pedazos. Creo que Ella es un ojo de cristal que nos observa y analiza. Está dirigiendo cada uno de mis movimientos. No puedo ser yo misma si debo exponerme como en un escaparate. Ni siquiera hay un armario de madera donde meterme, cerrar las puertas y llorar.

— Olvidáte de sus paredes de cristal. Haz lo que quieras sin pensar en mi mirada o si alguien más te juzga. Tenemos huevos frescos para desayunar.

Después almorzaremos con verduras del huerto. Por la tarde podemos leer y comentar todo lo que hemos sentido al vivir traspasados por la luz. Con la noche llegará la cena y mañana será otro día. Si compartimos las tareas y nos esforzamos en disfrutarlas lo conseguiremos. A nadie le importa lo que pasa aquí dentro salvo a nosotros — Mientras pronunciaba estas palabras iban agolpándose algunos curiosos frente a la entrada.

Empecé a preocuparme por su rechazo a la casa. La ha llamado Ella, como si fuera una entidad con vida propia. Yo la veo traslúcida y dura como un diamante, aunque quizá Carla no esté tan equivocada y Ella guía todo lo que hacemos obligándonos a actuar de una forma condicionada. A estar siempre con la máscara puesta por si alguien descubre nuestras debilidades, y ejerce su influencia llevando el control. No me ayudaba nada la visión del público que seguía creciendo, a la vez que mis argumentos disminuían.

Nuestra comunicación no fluyó como esperaba. Cuando anocheció y antes de la cena vi como Carla se duchaba y arreglaba en el cuarto de baño parapetada detrás de varias toallas colgadas de la mampara. La oscuridad tampoco disipaba sus temores. Se puso un chándal sin encender las luces, aunque la noche no dejaba ver ni un gajo de luna. Cenamos, recogimos la cocina y buscó un libro para llevárselo a la cama. Se acostó vestida y creo que leyó un rato. Después de muchas vueltas decidió levantarse, debían de ser las tres o las cuatro de la mañana. Miré al cuarto de baño y parecía estar limpiando el espejo. Después el sueño me venció hasta que el *quiquiriquí* anunció un nuevo día.

Cuando desperté no estaba a mi lado ni la veía por ninguna parte. La llamé varias veces y no respondió. Fui a comprobar si estaba escondida en la bañera. Me había dejado un mensaje escrito en el espejo, con una barra de labios, que Ella había visto antes que yo: *te he querido mucho pero ahora no me reconozco en esta pecera. Tampoco me gusta lo que veo de ti.*

Dejé una nota urgente en el buzón para el Dr. Mirror contándole lo sucedido; también le decía que Ella había tenido la culpa y no Carla. Cogí un edredón y salí de allí. El psicólogo se presentó esa misma mañana. Entró por la puerta abierta de la casa de cristal. Las gallinas revoloteaban en las habitaciones mientras yo estaba ovillado debajo del edredón entre las paredes de ladrillo del gallinero.